



Fidelidad a la doctrina

por Rodolfo Llopis

Dos de mayo de 1879. Madrid celebra con inusitada pompa la «fiesta de la independencia nacional».

Mientras el elemento oficial afirma su «patriotismo» cargando verbalmente contra Napoleón y los franceses, un grupo de amigos, unidos por comunidad de ideas, se reúnen en una humillísima fonda de la calle de Tetuan.

No deja de ser curioso que mientras, en España, Vera propugna por que el Partido se llame «Socialista» y suprima lo de «Obrero».

El Partido queda, al fin, constituido. Cinco compañeros—tres tipógrafos: Pablo Iglesias, Victoriano Calderón, Alejandro Ocina, y dos médicos: Gonzalo Zubiaurre, Jaime Vera—quedan encargados de redactar el programa y los estatutos del mismo.

No faltará quien piense que la discusión entre Iglesias y Vera no era cosa baladí. Que teniendo en cuenta la formación mental y la extracción social de cada uno de ellos—tipógrafo y médico—, respondía a dos concepciones distintas, cuando no opuestas, del Socialismo: un Socialismo obrerista o para obreros, y un Socialismo intelectual o para intelectuales.

Vera creía que lo de «Obrero», en aquel entonces, en España, restaría posibles adhesiones al Partido. Iglesias, entonces, como siempre, quería que el Partido tuviese en todo momento una fisonomía perfectamente definida.

(Sigue en la cuarta)

UN PROGRAMA, EN EL XX ANIVERSARIO DEL MAESTRO UNA CONDUCTA

A la vista de las experiencias actuantes de los partidos socialistas europeos, la tradición revolucionaria del Socialismo español resurge en toda su magnífica trascendencia.

Y la realidad que Iglesias vislumbrara con una precisión objetiva, que da realce particular a su concepción socialista, se presenta con facetas múltiples, confirmando predicciones que descansan sobre la irrefutabilidad misma de los hechos prácticos.

Cuando mejor se palpa la inconfundible calidad del Socialismo español, es al apreciar la perfecta armonía resultante de la fusión de estos dos principios fundamentales: la doctrina y la conducta.

La libertad política definida por Iglesias

¿Cómo conseguir que los trabajadores descubran perfectamente el antagonismo social y se preparen y organicen para eliminarlo? De ningún modo mejor que asociándose, que reuniéndose, que manifestándose, que divulgando las ideas producidas por los hechos económicos y que entrando en combate con todo lo que, de un modo o de otro, pretenda sostener o dar largas a las instituciones burguesas.

Y si esto es preciso, lo es también sacar de su postración a las numerosas víctimas de la rapacidad patronal, vigorizarlas y hacer que presten atención a lo que sus intereses exigen.

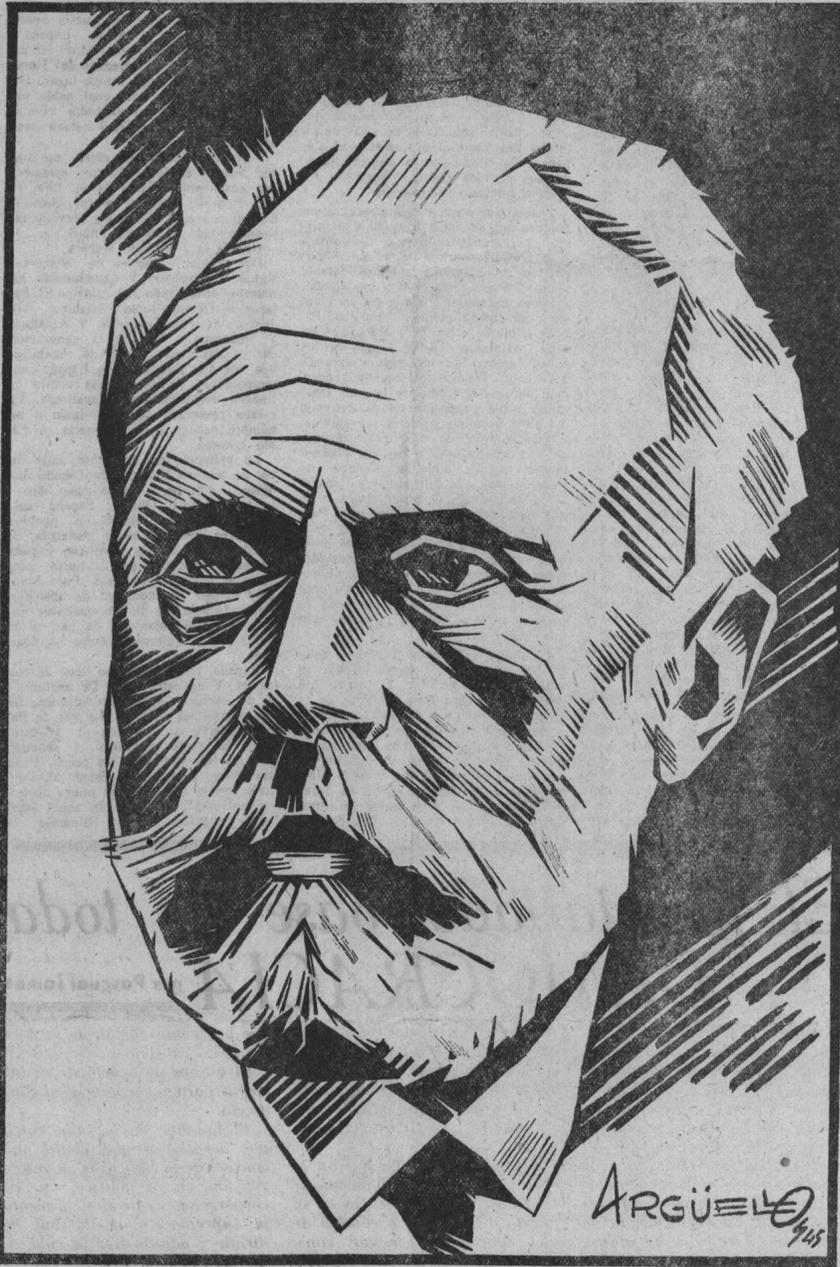
Para obtener lo primero es necesario que las libertades políticas subsistan; para conseguir lo segundo precisase recabar cierto número de reformas.

A esto responde la inclusión en el programa de nuestro Partido de dos clases de medidas, unas de orden político y otras de carácter económico.

No se entienda por eso que nosotros acariciamos el pensamiento de que las libertades políticas van a practicarse en toda su extensión y de que las reformas económicas se alcanzarán inmediatamente. En manera alguna.

Las libertades políticas, que tanto alaban y ponen en las nubes los órganos de los partidos avanzados burgueses; no serán jamás una verdad para el obrero en el sistema capitalista. Mermadas siempre, lo serán más todavía cuando los obreros, valiéndose de ellas, adquieran cohesión y unidad, y logren poner en aprieto los intereses de sus señores.

Cuanto a las reformas, no ignoramos que la burguesía se resistirá a concederlas, y que cuando las alcancemos procurará burlarlas; pero su misma conducta servirá para que los proletarios trabajen con más empeño en obtenerlas, y obtenidas que sean, se muestren activos y celosos en exigir su cumplimiento»



ARGÜELES

EL MEJOR HOMENAJE

por J. Largo Caballero

El más grande y sentido homenaje que puede ofrecerse a la memoria del maestro de todos, Pablo Iglesias, es ser buen socialista.

El buen socialista abraza y defiende sus ideales no sólo por sentimentalismo y espíritu de protesta contra las injusticias sociales, sino por reflexión y convencimiento profundo, lo que vigoriza su espíritu de abnegación y sacrificio para soportar, estoicamente, los atropellos e injusticias del régimen actual; y fortalece su voluntad, a fin de hacer frente y vencer las innumerables dificultades y obstáculos que le salen al paso en la lucha política de todos los días.

El buen socialista comprende que la gran transformación social a que aspira no puede realizarse súbitamente, por un golpe de mano, sino por etapas, por evolución progresiva, y que su deber es impulsar esa evolución con perseverancia e inteligentemente, y apresurar el momento de su completa emancipación.

El buen socialista no propugna la violencia como sistema; prefiere la actuación legal, pacífica, pero al mismo tiempo sabe debe estar siempre dispuesto a luchar contra el «fascismo», cualesquiera que sean sus manifestaciones o color, y sacrificar, si es necesario, su libertad y su vida, hasta vencerle.

El buen socialista es amante de la verdad, y jamás la desfigura para ocultar sus errores: los reconoce, los declara y los rectifica.

El buen socialista es enemigo de la chismografía política, de las cábalas, de las intrigas y de la política de camaraderío; dentro de su Partido o Sindicato, y fuera de ellos, prefiere la franqueza, la lealtad, la discusión pública y cordial.

El buen socialista no se envanece con los cargos que desempeña, por muy elevados que sean, ni menosprecia al compañero modesto; al contrario, lo aprecia y respeta.

El buen socialista no habla ni escribe para halagar a la clase obrera, sino para convencerla, exponiéndole la verdad, aunque no le guste.

El buen socialista no es versátil, sino consecuente, porque antes de realizar sus actos los medita y los reflexiona.

El buen socialista no es infalible, se equivoca como todos los hombres; pero reconoce su error y lo rectifica sin sufrir mortificación alguna en su amor propio.

El buen socialista tiene noción exacta del cumplimiento del deber en el Partido, Sindicato, taller, obra u oficina.

El buen socialista es enemigo de la guerra, porque ésta destruye la civilización, realiza la selección al revés y es el agente más eficaz de la demoralización de la Humanidad.

El buen socialista respeta y admira a los correligionarios que, por sus condiciones excepcionales, se distinguen en la defensa de los intereses de la clase obrera; pero no se suma a ninguna bandera ni hipoteca su opinión, sino que examina, analiza los problemas y resuelve con absoluta independencia de criterio.

El buen socialista no es un fanático que se aferra al «todo o nada»; tiene flexibilidad mental y de espíritu para adaptarse a las imposiciones de la realidad, siempre en favor de los trabajadores y de su país, sin claudicar por ello de los principios socialistas.

El buen socialista es respetuoso y tolerante con el criterio ajeno, y evita las intemperancias que puedan hacerle antipático a él y al Partido donde está afiliado.

El buen socialista no es vengativo, sino justiciero.

El buen socialista observa, en todo momento, una conducta moral en su vida privada o pública, en armonía con las ideas que profesa, y da prestigio a su persona y a su Partido.

Estoy seguro que si Pablo Iglesias viviera consideraría como discípulos predilectos a todos los afiliados que practicasen las máximas indicadas, y se consideraría dichoso por haber dedicado toda su vida a la educación de la clase trabajadora.

Iglesias y el antagonismo de las clases sociales

«Si en las relaciones económicas el antagonismo de las dos clases aparece en toda su desnudez, también se presenta, aunque con menos fuerza, en las relaciones políticas de clase a clase.»

Allí donde los trabajadores aparecen dormidos para el movimiento político, los Gobiernos, representación de la clase burguesa, ni prestan atención a sus males, ni menos se preocupan de buscarles algún remedio; por el contrario, aprovechando el estado letárgico de los proletarios, muévense con afán por extender el campo de la explotación obrera, barriendo los obstáculos que se oponen al desarrollo de la clase explotadora. Si, en vez de estar adormecidas, las masas proletarias pelean en el campo político por disminuir su explotación y aliviar su malestar, entonces los Gobiernos, atentos siempre al interés de la clase que representan, al interés de la burguesía, niéganse a satisfacer las reclamaciones de aquellos, persiguiéndolos con rabia por haberlas formulado, y sólo ceden cuando los obreros, como en la lucha económica, les hacen sentir su fuerza.

En estas contiendas la clase proletaria tampoco tiene en cuenta su actitud, si sus movimientos pueden perjudicar en algo los intereses de la burguesía; lo que a ella le importa es ver el modo de arrancarle el mayor número de concesiones. Más todavía: los mismos obreros que por error militan en los bandos burgueses no se hallan animados de sentimientos de concordia; antes al contrario, siéntense impulsados casi siempre por la idea de mejorar su condición mermando los monopolios y privilegios de la clase explotadora.

El antagonismo social existente, como los antagonismos anteriores, no le han inventado los socialistas, como dicen muchos de sus enemigos, ni tampoco los que no tienen sus ideas; dicho antagonismo es una consecuencia natural, precisa, de la forma de producción burguesa. Lo que los socialistas han hecho ha sido descubrirle, conocer su origen, señalarle a la clase trabajadora para que abandone engañosos ideales y entre en el terreno de la lucha de clases.

En memoria del "ABUELO"

por Juan F. Gomez

Hoy se cumple el XX Aniversario de la muerte del «Abuelo». Los socialistas españoles en el exilio, no podremos llevar flores a su tumba, ni posiblemente manifestar de otra forma como su recuerdo vive en nuestro corazón, que con nuestro propio recogimiento espiritual, como homenaje a su inmensa obra.

La figura de Iglesias, anse ejemplo, sin mácula de clase alguna, se destaca de la historia política de España ofreciendo el más claro ejemplo de lo que puede una voluntad tenaz al servicio de la Justicia marcando la orientación precisa, que la causa pública, por la intervención directa del proletariado, había de seguir en un futuro inmediato.

Toda su obra gigantesca fue caracterizada por el esfuerzo inaudito, para arrancar a la clase obrera de ese medio ambiente tan pernicioso de la indiferencia y la desprecupación, en que la inercia de la Sociedad capitalista la tenía sumida, ganándola para el Socialismo, cuya doctrina política encarnaba la exacta interpretación de la realidad económica y social de España.

A Iglesias debe el proletariado español, algo más que la creación de un instrumento de acción política como fue el Partido Socialista, y un órgano de defensa económico-social en el orden sindical, como fue la U. G. T. Le debe su dignificación como clase, puesto que todo cuanto el Socialismo español ha sido y es en el presente como realidad orgánica, y representa como orientación, como doctrina y táctica, como lucha sindical y política, como pensamiento y acción, de la clase trabajadora, es obra de la recia personalidad del «Abuelo».

Tanto o más que admirar y comprender la gran obra de Pablo Iglesias, interesa saber recoger el ejemplo, procurando convertirlo en realidad cotidiana. A ello estamos obligados todos los socialistas españoles, pero tal vez con más marcado sentido de deber, los socialistas exiliados en Francia, ya que la hora requiere de nosotros particularmente, el máximo ritmo de actividad y la acción coordinada de nuestro esfuerzo para conseguir la liberación de nuestra Patria.

Por eso, en el XX aniversario de su muerte, los socialistas que desde Francia miramos con melancolía por encima de los Pirineos hacia aquella España donde yacen sus restos sepultados en esa tumba para nosotros simbólica, — que fue profanada por la reacción — sobre la cual no podremos colocar las flores de nuestra ofrenda, tenemos el deber de concentrar toda nuestra voluntad con el fin de reconquistarla, dignificando con nuestro gesto la memoria de millares de camaradas que supieron luchar y morir por seguir el camino que «El», el «Abuelo», les marcó.

Con el pensamiento puesto en la tragedia que viven nuestros compañeros de España, reforzamos nuestra fe y dispongámonos a ganarla para el Socialismo, en la seguridad de que éste será el mejor homenaje que podemos rendir a la memoria del «Abuelo».

Hay seres que necesitan morir para comenzar a vivir. Tal Homero. Homero iba mendigando por los caminos, viejo ciego y pobre. Para excitar la compasión, cantaba sus poemas. Sólo que no debieron parecerles bellos a las gentes de entonces, porque murió de hambre. Homero comenzó a ser conocido cuando ya no existía. Y amado, cuando el viento de la vida desparramó sus cenizas. He ahí un ejemplo de la desigualdad que nos trae la Muerte. Como aquel otro que, por ser nuestro, todavía no nos produce una gran sorpresa: el de la muerte de Pablo Iglesias. Todavía no vemos su vida y su muerte sino con los ojos de la emoción, no con los del entendimiento. El, que predicó la igualdad y vivió en ella de manera ejemplar toda su vida, se convirtió al morir en un símbolo. Vivo, quisiera ser como todos los hombres. Más aún: quisiera que todos los hombres fueran como él. No más que él. Ni menos. O sea: tuvo la idea justa de la igualdad ante la ley, ante el derecho. Muerto, su igualdad se multiplicó hasta lo infinito. Se convirtió en la conciencia de su pueblo. Este hecho se ha repetido alguna vez en la Historia del Mundo, en realidad, porque no hay nada nuevo bajo el Sol. Su luz sigue alumbrándonos, como los rayos de esas estrellas muertas que todavía están camino de la Tierra...

También son desiguales las causas de la desigualdad que nos trae la Muerte. Homero vive de sus poemas. Como Wagner de la grandeza de su música. ¿De qué vive Pablo Iglesias, después de muerto? ¿De su palabra? La palabra, tal vez sea eterna en el aire, pero es fugaz en la memoria del hombre.

¿Qué hizo entonces de extraordinario Pablo Iglesias para vivir tan presente en la memoria del pueblo? Pablo Iglesias, que no fue más que un hombre, ganó su inmortalidad no precisamente por su muerte, sino por su vida. Una vida que fue extraordinaria por su sencillez y porque está llena de hechos humanos, que nosotros hemos visto con nuestros propios ojos.

Pablo Iglesias, hijo de un exposito, vivió recogido en un Asilo. He ahí la pobreza misma hecha vida. Para pasar una Pascua con su madre, en vista de que la ley del Asilo se lo prohibe, quiebra la ley y se escapa. Realiza el primer hecho simbólico de su vida. A cada paso que da luego se tropieza con una injusticia, con una crueldad, con un dolor. Fue entonces cuando se trazó un camino, que siguió ya a través de todas las jornadas de su existencia. Camino no tenía poder alguno, como no tenía más que su voluntad, se hizo semilla de rebeldía para sembrarse en las conciencias. Entonces la vida del hombre adquiere su máximo relieve. Cristo dijo a Lázaro: «Levántate y anda». El milagro se produjo porque Lázaro estaba muerto y pudriéndose ya. Sólo que Cristo podía hacerlo, porque era hijo de Dios...

Lo difícil es decir a un pueblo, que estaba peor que muerto, porque había caído en el escepticismo: «Levántate y anda», no siendo más que un hombre. Y verlo andar, como Pablo Iglesias lo vio, antes de morir, con paso seguro hacia su redención. Y verlo pasar, al cabo, delante de su tumba, con los ojos llenos de lágrimas, el cerebro lleno de ideas y el corazón lleno de infinito...

¿De dónde sacó todo aquel poder un hombre tan pobre de pan y de enseñanza? ¡Ah! He ahí su grandeza. Lo sacó de su patria: de España. Fue, con sus algarabías blancas y su bufanda al cuello, por todos los pueblos, por todas las aldeas, por todos los caminos ibéricos... Y se produjo un pugilato. España hubiera querido devorarlo, porque se alimentaba de hombres, que ella misma hace para darse el gusto de desahacerlos. Pero, al cabo, fue Pablo Iglesias el que bebió el espíritu y el alma de España, con la sed insaciable que tenía de ella. Bebió su dolor. Y su amargura. Le tiraron piedras al rostro, a veces. Y calumnias, con aristas más duras que el pedernal. Lo encerraron en todas las cárceles, con los borrachos, con los mendigos, con los ladrones, con los asesinos. Jesús los hubiera convertido. Pablo Iglesias no sentía esa tentación. Se limitaba a predicar el advenimiento de un mundo en donde no hubiera mendigos, ni ladrones ni asesinos... Tales ideas sacrilegas produjeron consternación. ¿Qué sería de un mundo donde no existieran, al cabo, ni ladrones ni asesinos a quienes convertir?

A la vuelta de aquellos viajes por los campos soleados, llenos de frutos de hambre; por las ciudades sin voces, sin rebeldías, esclavas y recoletas, lue-

Pablo Iglesias: El hombre y su obra

POR RODOLFO VINAS

go de haber pasado muchas horas en las pequeñas cárceles de España, tan frías, tan llenas de orines y de la insensibilidad del Estado, peregrino de Castilla, de Levante, de Andalucía, de Asturias, de la Mancha, cuyos hombres guardaban como un tesoro el espíritu de España, Pablo Iglesias venía con el alma plena de su pueblo, rebosante de sentido de España, de pasado de España, de dolor de España. Y con todo aquello y con las ideas universales que el viento de Europa traía a Castilla formó su idea, la idea socialista, y la lanzó al surco como hacen los sembradores. A la hora de su muerte ya había fructificado. Y fue tan grande su cosecha, que detrás de su cadáver no iba ya una multitud de individualidades, sino un pueblo, compacto, unido por la fe de un ideal colectivo. Un pueblo que él forjó hombre por hombre, al que había dado un alma; la suya. He ahí de qué vive Pablo Iglesias. No vive de su palabra. Ni de su arte, como Wagner. Ni de su poesía, como Homero. Vive de su obra. De España. No de la España imperial. De la otra...

Porque hay dos Españas—¿qué bien las ha descrito Fernando de los Ríos en el exilio—: la que quiere llegar a la unidad por la fe, y la que quiere usar la paz en la Tierra por la libertad. Las dos Españas luchan empicratadamente entre sí desde la lejanía de madame Tenebris. La una quiere vencer y destruir a la otra. La segunda no quiere vencerla, sino convertirla, como de ella Unamuno. La primera estuvo a punto de triunfar en el siglo XVI, sometiendo al mundo a su voluntad. Fue la España de Felipe II. La otra llegó casi a realizar su sueño en 1931. Fue la España de Felipe III se opuso Dios, que destruyó la «invencible» con una tempestad. Al de la República, la España intolerante ayudada por el nazismo, y un poco por las democracias, que se inclinaron delante de Hitler en Munich. Habéndolo querido todo, la fe sin contradicciones o la libertad sin límites, España ha llegado a no tener nada. Nada. Ni palabra. Ni voto. Ni siquiera un escabel al lado de los países que ella creó en los días de su grandeza, confundiendo con los aborígenes, como hacen los hombres que tienen un cabal concepto de la igualdad. Tal ha sido, al cabo, la obra de Felipe II y de sus continuadores los falangistas que han

El no necesita al pueblo. Tenía su gran lanza: la palabra. Y allá se fue contra el Palacio Real, refugio de la España intolerante y absoluta; contra la reina María Cristina, en cuyas manos se había deshecho lo que quedaba de nuestra grandeza imperial. Fue un día gris aquel en que el rector de la Universidad de Salamanca inició su curso de Historia. Los aristócratas se estrecharon en sus palcatos. Los genera-

les, en sus cuarteles... Pero fue un día rojo para el Ateneo, que ardía. Las dos Españas estaban allí otra vez, frente a frente. Actuó de maestro de ceremonias el conde de Romanones, y Unamuno fue a Palacio, después de pensarlo mucho, a decir la verdad honda y honda al rey Alfonso XIII. A pedirle su abdicación, porque Castilla ya no era un reino, sino una República...

¿Qué pasó en Palacio? Fue yo, por azar, el primer español que vio a don Miguel a su retorno de aquella audaz empresa. Vino a la revista «España», donde estaba también su cuartel entonces: la Liga de los Derechos del Hombre. El combate había tenido lugar. Un combate sin lucha, del cual había salido vencedor el rey. Y vencedor, el hijo de la reina. Don Miguel estaba deshecho.

—Yo fui a acusar a la reina—me dijo don Miguel en los primeros instantes con desaliento—delante de su hijo, el rey. Pero no encontré al rey, sino al hijo de la reina. No había previsto tal eventualidad... Todo fue inútil. He ahí la confesión, sincera. Don Miguel, después de rehacerse, siguió el combate. Y combatiendo ha muerto «pero todo fue inútil». El Palacio de Oriente tiene viciatura. Allí dejó su espíritu Canalejas, y Azorárate, y Unamuno... No, ni la generación del 08, ni aquel plantel de republicanos, los más ilustres de la España contemporánea, pudieron nada contra la España tradicionalista y fanatizada. Le estaba reservada aquella misión a un hombre capaz de transformarla: a Pablo Iglesias.

El primero que hizo fue abrir de par en par los balcones de España que daban a Europa, y dejar paso libre a la Internacional Obrera. España tenía sed de infinito. Cuando los pueblos que hoy la dejan morir asfixiada, se cocían dentro de sus fronteras, España se había separado por la tierra, para explorar todos los caminos. Pues bien, para colmar su inquietud de absoluto, Pablo Iglesias le dió un quehacer humano: el de establecer la paz en la tierra por la fraternidad entre los hombres.

España, consternada, se llenó de clamores. Y de esperanzas. De anatemas. Y de cánticos nuevos alentadores de los pobres del mundo... La voz de Pablo Iglesias no sonó en el desierto, como las otras. Comenzó a penetrar por los intersticios de las peñas. Y de las alturas. Y cuando el Estado absoluto quiso cerrar el paso a la nueva doctrina universal, el fuego de aquel ideal había levantado llama. Salmerón se

El proletariado base de toda DEMOCRACIA

por Pascual Tomás

Cuando se examina objetivamente la evolución operada en la vida civil española durante la primera mitad del siglo XX, y se analizan serena e imparcialmente las causas que han posibilitado esa evolución, al amparo de la cual se le ha permitido a la España nuestra mostrar al mundo los perfiles severos y morales de realidad nacional cuajada de ambiciones ideales y de afanes nobilísimos de superación personal, se encuentra en cada gesta realizada para cambiar el rumbo de la vida española la aportación valiosísima de la clase obrera que recibió su educación sindical y política en las doctrinas defendidas con ejemplar devoción por nuestro guía y maestro Pablo Iglesias.

No hay hipérbolo en nuestra afirmación.

Ha sido el proletariado español el cuadrado, por íntima y voluntaria adhesión, en la disciplina orgánica del Partido Socialista Obrero Español y de la Unión General de Trabajadores, los que, para contener primero y anular después, los desmanes de los poderosos, que en posesión de todos los resortes del Poder político controlaban en su solo beneficio la vida toda de la nación, crearon la Organización sindical y el Partido político como instrumentos de acción que, conscientemente utilizados, posibilitarían un día a la clase obrera española el redimirse como clase explotada.

Para valorizar en su justa medida lo que ha significado esa irradiación de conciencia ciudadana y del sentido justo del deber, en el complicado engranaje de la administración y dirección espiritual de la cosa pública, y de severo control en las relaciones entre ambos estamentos de la producción, se necesita haber vivido los primeros años de la actuación del Partido y de la Unión, cuando Pablo Iglesias, en comunión espiritual con unas docenas de hombres, inició la siembra de los ideales socialistas en el campo yermo de la política española.

Sólo examinando con mirada retrospectiva el camino recorrido por la democracia española en cincuenta años se adquiere conciencia exacta del valor humano del ideal socialista y del sacrificio heroico del hombre que le dió vida en España.

Iglesias se encontró, como material humano sobre el cual iniciar la prédica de su ideario po-

lítico, con un pueblo dominado por la tradición y por el fanatismo, el cual temía, por su propia ignorancia, mirar de frente las causas de su infortunio para examinarlas, corregirlas y anularlas.

Ninguna ley de protección al obrero; ninguna garantía que le asegurase su permanencia en su puesto de trabajo, a cambio de una aportación personal consistente y justa. El obrero era sencillamente una mercancía sin valor apenas, a quien no se le reconocía ninguno de los derechos que posibilitan la elevación del hombre a la categoría de ciudadano.

La miseria física, compañera inseparable de la ignorancia, dominando a los hombres y anulando por completo su personalidad moral.

La democracia española no tenía valores humanos sobre los cuales operar para su acción creadora y patriótica.

La política no fue en aquellos años, como tampoco lo es hoy, el noble arte de gobernar un pueblo, sino el medio ilegítimo de someterlo y esclavizarlo.

La España y la cruz, en maridaje vergonzante—ayer, como hoy, y como siempre en la historia de España—, imponían al pueblo español la aceptación de la fuerza bruta como suprema ley, y la ignorancia y el fanatismo como el estado normal del hombre.

Iglesias, combatido violentamente, no solamente por el capitalismo y sus secuaces, sino también por la incomprensión de los mismos hombres a quienes trataba de educar y de proteger como clase social, fue día a día predicando la suprema verdad del Socialismo.

La semilla fue prendiendo en algunas conciencias españolas. Al Socialismo fuimos, llevados de la mano por un sentido humano de la vida, por un impulso de solidaridad fraterna, más

que por comprensión de la doctrina.

El obrero se apartó de la taberna para incorporarse al Sindicato.

El hombre de la calle entró por derecho propio, como una consecuencia lógica de su intervención en la política, en las corporaciones oficiales, y aceptó la suprema responsabilidad de dirigir y administrar la vida civil española.

Una nueva concepción del deber se hizo carne en la conciencia pública. Los socialistas, injuriados, perseguidos, torturados en más de una ocasión por la fuerza pública, mostraban con el propio ejemplo cómo se puede salvar un pueblo de la ignorancia y de la miseria.

Las voces serenas de los grandes pensadores encontraron eco en el pueblo. España inició de nuevo su caminata por las rutas civilizadoras de los pueblos libres.

Pablo Iglesias fue el artífice que supo modelar y dar vida espiritual al cuerpo social de España. España fue Pueblo.

Después... República... Constitución, tolerancia... Insurrección militar, y triunfo momentáneo de la cruz y de la espada sobre los valores morales que Pablo Iglesias creó.

Sin embargo, el ideal socialista no ha sido vencido en España. Vive con la misma vitalidad que antaño en la conciencia de los hombres.

Al cumplirse el aniversario de la muerte de nuestro maestro, tenemos la seguridad absoluta de que el mismo juramento saldrá de todos los labios de los hombres, sea cual fuer el rincón del mundo a donde la guerra les empujó. Este: «Seguimos fieles al Socialismo y dispuestos, como siempre, a dar lo mejor de nuestra personalidad para acelerar su victoria, que será la victoria de la Justicia y de la Fraternidad humana.»

alzó en las Cortes para decir una profecía: Todo lo que se hiciera contra aquella «idea subversiva» sería inútil. Porque aquella «idea subversiva», era el nuevo derecho...

El período de gestación fue terrible. Hasta que un día fue el mismo Pablo Iglesias el que se levantó en las Cortes para decir su última palabra: ésta: —Si no nos dejáis hacer nuestra obra, dentro de la ley, pacíficamente, ¡llegaré al atentado personal!

La palabra nueva surtió su efecto. A partir de aquel día todo quedó hecho, España, el pueblo. La República La Democracia. La España intolerante había oído hasta entonces todo, menos la verdad, escueta, desnuda, tajante. Pero la hora había venido... Para perfumar aquella verdad, el pueblo se echó a la calle. Y cuando se vio, unánime, en aquellas puertas por donde entró Pavia comprendió su deber. Muerto Pablo Iglesias, aquel pueblo trajo la República, y con ella, la minoría más fuerte de las Constituyentes: la minoría de «cementos». Tan unida estaba. He ahí la obra. El hecho. La resurrección de su espíritu...

De eso vive Pablo Iglesias. De su espíritu, que encarnó en el pueblo. Y en el Partido que él creó, tan distinto a los otros partidos socialistas, porque esa es la fuerza del Socialismo precitadino. Hay el socialismo científico de Carlos Marx, frío, matemático, y el socialismo apasionado ruso, que hace de Stalin el generalísimo de su ejército. Nada más ejemplar para los místicos de la fuerza, que un hombre de los Sindicatos, vencedor del generalato prusiano, el más científico del mundo. Nada más aleccionador, sobre todo, para nuestros generales, vencedores eternos de una batalla que nunca tuvo lugar, y vencidos en todas las batallas de la historia. El gesto es magnífico, pero ¿hubiera podido comprender nadie un Pablo Iglesias generalísimo del ejército de la República? He ahí la diferencia. No, Pablo Iglesias no fue como Lenin. Ni como Jaurés. Ni como Guesde. Ni como Engels. Ni como Kautsky... Cada una de estas grandes figuras del Socialismo sirvieron a su pueblo y a la Humanidad. Fueron maestros, intérpretes, teóricos del Socialismo. Pablo Iglesias fue el Socialismo mismo hecho carne. Todos ellos dejaron una obra escrita más o menos considerable. Pablo Iglesias ha dejado un pueblo. Gracias a él advino la República. Gracias a él, que luchó tres años contra las huestes franquistas y nazistas, las democracias pudieron armarse. Gracias a ese pueblo, que se desperdigó por el mundo, exilado de su patria, y fue perseguido, torturado en los campos de concentración, en los presidios de España, en las cárceles de la Gestapo y en las de Vichy, la República se ha puesto de pie, otra vez para continuar su obra. Ese pueblo tiene una palabra que decir ahora que el mundo se enfrenta con el más grave problema de conciencia que se le presentó en el transcurso de los siglos, del cual depende la civilización. ¿Es que se va a dejar en la zozobra en este momento decisivo, a la España precursora del nuevo derecho internacional, a la que abrió al mundo los caminos de la ciencia social, a la forjadora de veinte Repúblicas, a la que contribuyó a echar los cimientos de la civilización? Se quiere castigar a Franco o a España?

Ha hecho bien Einstein acordándose de España al lanzar la idea del Gobierno universal. Lleva razón. España no puede estar ausente en una asamblea en que puede forjarse la paz del mundo. La España que luchó por las grandes ideas universales tiene mucho que aprender todavía de los otros pueblos. Pero los otros pueblos, tienen mucho que aprender de ella también. Mucho. Sobre todo, esa idea de la igualdad, base de la democracia, en que no creen los filósofos ni los oradores sagrados. La igualdad, del hombre, en la tierra, que es la que practicó y nos enseñó Pablo Iglesias, porque es la que importa a la Humanidad. La otra, la del hombre ante la Muerte, es cosa que sólo interesa a cada hombre. A la conciencia de cada hombre...

Iglesias fue educador y maestro por antonomasia. El Madrid obrero del siglo XIX, inculto y sin una conciencia de clase, hizo su entrada en el XX con verdaderas ansias de saber y de instruirse. Esta noble inquietud del proletariado madrileño la encauzó Iglesias con libros solicitados a entidades y particulares para después ser prestados a los compañeros. Por este procedimiento y por la propaganda al oído de que él tanto gustaba, consiguió apartar del burdel y de la taberna a buen número de compañeros ya en ruta de perdición.

Y de ética, no digamos. El proletariado ibero, sabía bien a donde llegar con la talla moral de este sembrador de hombres, de este sembrador de ideas, de este gigante de la emancipación obrera a quien el mundo del trabajo le adjudicó el honroso título de «el incorruptible».

Con Amparo Meliá, la compañera fiel, el hogar de la calle de la Princesa fue durante muchos lustros el tabernáculo donde se guardaban las más puras esencias del credo y de la idea socialista.

En esto sexto día de exilio, pocos serán los compañeros de «aquí» y «allá» que no le dediquen un recuerdo.

Recordemos al MAESTRO

por Jesus Blas

El mes de diciembre es pródigo en hechos y cosas vividas. Para los que sentimos ideales de justicia y redención, estas fechas nos hablan de un pasado glorioso y nos incitan a seguir el sendero que otros compañeros desbrozaron.

En el mes de diciembre del año 30 tuvo lugar la gesta de Galán y García Hernández. Su sacrificio, muy mucho influyó en el advenimiento de la República.

En el mes de diciembre se votó la Constitución del 31. A este Código Fundamental aportaron el fruto de su talento los hombres más esclarecidos de nuestro partido. Hoy, no obstante los tres lustros transcurridos, continúa siendo el talismán sobre el que se ha de asentir la tercera República Española.

Y en el último mes del año falleció el que en vida fue fundador y animador del Partido Socialista Obrero Español: de Pablo Iglesias Posse.

En la persona de Iglesias encarnaron de por vida todos los alientos revolucionarios, todos los ímpetus hondamente reformadores, en suma, toda la pasión constructiva y armónica del socialismo rígido e inflexible.

Iglesias era del temple de los apóstoles que se apartaban de las miserias humanas, para remontar su espíritu a las más altas, puras y serenas regiones del ideal.

Iglesias fue educador y maestro por antonomasia. El Madrid obrero del siglo XIX, inculto y sin una conciencia de clase, hizo su entrada en el XX con verdaderas ansias de saber y de instruirse. Esta noble inquietud del proletariado madrileño la encauzó Iglesias con libros solicitados a entidades y particulares para después ser prestados a los compañeros. Por este procedimiento y por la propaganda al oído de que él tanto gustaba, consiguió apartar del burdel y de la taberna a buen número de compañeros ya en ruta de perdición.

Y de ética, no digamos. El proletariado ibero, sabía bien a donde llegar con la talla moral de este sembrador de hombres, de este sembrador de ideas, de este gigante de la emancipación obrera a quien el mundo del trabajo le adjudicó el honroso título de «el incorruptible».

Con Amparo Meliá, la compañera fiel, el hogar de la calle de la Princesa fue durante muchos lustros el tabernáculo donde se guardaban las más puras esencias del credo y de la idea socialista.

En esto sexto día de exilio, pocos serán los compañeros de «aquí» y «allá» que no le dediquen un recuerdo.

Como conoció a Pablo Iglesias

POR PAULINO G. BELTRAN

Fue Bilbao uno de los primeros lugares de España que el fundador del Partido Socialista Obrero Español fijó para sembrar la semilla de las ideas redentoras, posiblemente porque Vizcaya resultaba una de las provincias más potentes en su industria minera-metalúrgico-siderúrgica, y la clase capitalista más fuerte e intrasigente. La clase trabajadora respondió con verdadero estado de conciencia a las llamadas del maestro. Poco a poco la semilla comenzaba a rendir sus frutos. Se denominaba a Bilbao la Meca del Socialismo español.

El Abuelo que así le llamaban cariñosamente los socialistas más veteranos, presentábase en Bilbao en cuantas huelgas generales recalará la Organización, que llegaron a resultar sangrientas. Recordemos las de 1888, 1902, 1904 y 1911. En todas hizo acto de presencia para animar en la lucha a la clase trabajadora, a los luchadores de acero que él había formado, predicando con el ejemplo.

Conoció personalmente al Abuelo el año 1905; Convoacadas elecciones legislativas, la Agrupación Socialista bilbaína presentaba a Pablo Iglesias candidato. La contienda era difícil: como adversarios las derechas presentaban a José María Urquijo, representante del jesuitismo, director de su órgano «La Gaceta del Norte», apoyado por todas las explotaciones vinculadas en la oficina de Chávarri, centro donde se elaboraban las candidaturas a concejales, diputados provinciales y a Cortes. Por otro lado figuraba como candidato Federico Solajeju, republicano.

Era yo muy joven. Me encontraba en la puerta de un colegio electoral, realizando la única misión que me era dable, cantando la candidatura, rodeado de agentes electorales derechistas; unos eran comprados, otros obligados por los patronos mediante amenazas de despi-

"Por donde quiera, pues, que tendamos la vista, el antagonismo entre la clase obrera y la clase burguesa maniifiéstase abiertamente. Podría decirse que se halla en el aire que respiramos".—Pablo Iglesias



La presidencia en el entierro de Pablo Iglesias



Ni la edad ni sus dolencias frenaban la férrea voluntad del «Abuelo» por el trabajo

Iglesias, símbolo de los españoles

Por S. Martínez Dasi

El aniversario de la muerte de Pablo Iglesias es un motivo de reflexión y de meditación para toda la población española exilada en Francia y en el mundo entero. Para los socialistas, que tanto debemos al venerado Abuelo, como para todos los españoles, sea cual fuere el credo político al cual se hayan adscrito, Pablo Iglesias rebasa el área de un partido y se convierte, en estas horas de duro exilio, en símbolo de todo el Pueblo español.

Este simbolismo adquiere su máxima expresión en los inicios de este séptimo invierno de exilio. Los primeros fríos atacan las carnes de los exiliados españoles, las dificultades del día se enderezan como obstáculos, el horizonte no está despejado. Las voluntades y los sentimientos pueden también sentir ese otro frío moral que traicionadamente se introduce tras una larga espera o en vísperas de desilusiones.

Pablo Iglesias, por su fe, por su conducta, por sus luchas, por sus sacrificios, por sus años de encarcelamiento, por su temple y su dominio, es la antítesis permanente de los que en un momento cualquiera pueden desesperrarse. Porque para él, como para todos los españoles exiliados, la lucha, situada en otro momento de la Historia, reviste características muy parecidas.

Cuando un puñado de hombres, minúsculo por el número, pero temeroso por la entereza de sus convicciones socialistas, inicia su ingenua tarea de despertar la conciencia socialista en el proletariado español, sobre ellos diluvian las adversidades, contra ellos emplea la burguesía española toda su brutal violencia, o sondea la fortaleza de sus convicciones con proposiciones tendientes a apartar de la alta misión que se habían asignado, el sucio juego político de la vieja escuela burguesa reacciona con desenfrenada demagogia frente a la cristalina actuación política socialista que viene a destruir el fingido burgués. Sobre Iglesias se centran todas las campañas que apuntan con intenciones mortales al Socialismo español. Y desde la taberna, a donde va Iglesias a despertar las conciencias de los trabajadores, hasta el Parlamento, pasando por el Partido y la Unión General de Trabajadores, la obra del Socialismo está impregnada de un sentido de humanidad y de rectitud que triunfa de sus enemigos.

Iglesias maestro a Iglesias símbolo. Su ejemplo debe estar presente hoy y siempre en los que sienten la causa de los trabajadores, en los que no desesperran de la causa de la Libertad y de la Justicia social. La población española exilada también tiene que llamar a la conciencia de las naciones democráticas, como Iglesias llamó a la de los trabajadores; sufre de la incompreensión de nuestra justa razón, como Iglesias tenía que sufrir también de la incompreensión de algunos trabajadores; sus viajes por los pueblos de España, creando Sindicatos obreros para arrancar mejoras a la burguesía, los hacemos hoy los exiliados pidiendo a la clase trabajadora de todos los países que arranquen de sus Gobiernos la ruptura con Franco. Mucha es la similitud entre nuestra tragedia y la vida de Pablo Iglesias.

Iglesias, junto al puñado de hombres que predicaban el Socialismo en España, triunfan. ¡La España que ve sus primeros pasos, qué distinta es de la España de 1935! La clase obrera española ha encontrado su camino y los ideales que la guían y animan en su lucha diaria contra la reacción, dispone de los instrumentos de lucha y conoce sus objetivos. Nosotros, socialistas españoles en el exilio, como los compatriotas que siguen la misma suerte, conoceremos también las horas de alegría y júbilo que proporciona la victoria. Nuestro camino está erizado de espinas, como el que recorrió Iglesias.

Lo esencial, en nuestro caso, es de reflexionar y fiarnos en la vida de Iglesias, para comprenderla y sentirla. Y también para que los primeros fríos de este invierno puedan helar nuestra carne, pero en cambio no penetre su cortante arista hasta el espíritu.

Hechos más que palabras

Un aniversario más, del Maestro Pablo Iglesias que pasamos en el exilio, y un aniversario más que nuestros camaradas de España pasan bajo la tiranía del régimen de Franco y de Falange.

Es indudable que esta realidad nos obliga a considerar las dificultades que existen para resolver el problema español, por cuanto, pese a las simpatías que por todas partes existen hacia la República Española, y de odio contra el régimen de Franco y la falange, ambos continúan usufructuando el Poder imponiendo a los españoles su sistema totalitario y dictatorial.

Pensando en este aniversario del Abuelo sobre nuestras desdichas y contratiempos, se llega a la conclusión de cuánta razón tenía Iglesias en sus afirmaciones, cuando decía que había que crear el espíritu de solidaridad electiva entre los pueblos; que había que educar a la clase obrera haciéndola comprender que sus problemas sobrepasaban el marco nacional, y, en fin que era indispensable crear hombres conscientes y cultos que supieran ser firmes y constantes en la lucha por la consecución de nuestros ideales.

La falta de ese espíritu internacionalista hace que hoy sea aun posible que Franco y falange continúen sojuzgando al pueblo español, y no por que a Franco le quiera nadie que no sean los que como él piensan, y no porque en los medios democráticos y en la clase obrera no haya simpatía por la República Española, todo lo contrario, pues cada día la simpatía hacia la España republicana es mayor, pero la realidad nos está demostrando que, al finalizar la guerra más sangrienta que ha conocido la historia, un espíritu nacionalista reina aun por el mundo, y los afanes imperialistas no han desaparecido.

Esta verdad inconcusa no nos debe mover al pesimismo. Todo lo contrario. Debe movernos a los socialistas y a cuantos de verdad sienten las ideas emancipadoras, a trabajar con más

por Manuel Muino

ardor por conseguir que esas simpatías que se nos tienen se transformen en hechos positivos y que sin descuidar cada uno de los asuntos más inmediatos, tengan presente que, sin una idea de colaboración internacional, no es posible que los métodos democráticos triunfen plenamente.

Para nosotros, socialistas españoles, sin dejar un momento abandonado el amplio campo internacional que abarca nuestras ideas, debemos procurar hacer comprender a todos los españoles antifascistas, empujando por nosotros mismos, que si queremos que en el plano internacional se nos escucha, se nos atiende y se nos ayude, no basta demostrar que hemos sido el primer pueblo que hizo cara al fascismo internacional, sino que debemos procurar seguir siendo un pueblo que dé ejemplo de sentido político.

El Partido Socialista Obrero Español y la U. G. T. están dando ya ese ejemplo, pues si se exceptúa un reducido número de individuos, la inmensa mayoría de los socialistas, y ugetistas, sigue fiel a las normas de disciplina y de buen sentido político que acreditaron a lo largo de más de cincuenta años, cuán profunda y eficaz ha sido la labor educadora de Pablo Iglesias y la de los que con él crearon y mantuvieron el Partido Socialista y la Unión General.

continuar esa labor con firmeza, y nada ni nadie debe separarnos de esa línea de conducta que debe servir de ejemplo a todos cuantos deseen la caída de Franco y la vuelta al régimen legal republicano.

No basta pedir ayuda para derribar a Franco. Hay que demostrar que sabemos merecer esa ayuda, no solamente por el sacrificio en sangre, ya realizado y reconocido por todo el mundo, sino también porque teniendo presente ese sacrificio; teniendo en cuenta lo que aun sufren nuestros camaradas en España, y teniendo en cuenta los sacrifici-

La Sección Española de la Internacional Socialista conserva, a través de su larga historia, el carácter inconfundible que su fundador le imprimiera con clarividencia de profeta. Iglesias no era un teórico salido de las Universidades capaz de extrañar sus concepciones filosóficas en el intrincado laberinto de sus especulaciones dialécticas. Iglesias aprendió las verdades fundamentales del Socialismo científico en esa incomparable cátedra que para él constituyó su su triste infancia de hospicio, donde pudo personalmente comprobar las excelencias de la caridad burguesa; el taller en el que vivió la experiencia de la inicua explotación capitalista, y, por último, los medios políticos burgueses, en los que acertó a descubrir la corrupción que la burguesía proyectara sobre las instituciones de una democracia falsificada e imposible de establecer integralmente hasta tanto los trabajadores no sean liberados de la dictadura económica que supone el régimen de explotación capitalista.

Pablo Iglesias supo descubrir en las teorías de Marx la definición científica de sus propias experiencias en la lucha cotidiana por la emancipación de la clase trabajadora. El programa del Partido Socialista Obrero Español está inspirado en la más pura interpretación de las teorías de Marx, aplicadas a las realidades históricas de nuestro Pueblo. Es inútil que nuestros militantes, ávidos de beber en las fuentes de los teóricos, se empeñen en descifrar los complicados tratados de filosofía de los maestros. Las modestas cuartillas del obrero tipógrafo madrileño condensan, traducidas al lenguaje sencillo del pueblo, las grandes verdades científicas de la interpretación marxista del Socialismo con fidelidad y precisión insuperables.

Elegimos al azar, para ofrecerlos a nuestros amigos, unos textos del Abuelo reveladores de sus indiscutibles dotes de divulgador:

«Toda clase social necesita, en primer término, para dominar a otra u otras clases, garantizarles por lo menos su subsistencia material en cierto grado; cuando esto no es posible, su caída es inevitable. En esta situación se encuentra actualmente la burguesía. Raya en lo absurdo ver una porción de seres andar des-

cios que impone el exilio, demos el ejemplo de capacidad política madura, que, dando de lado intereses personales, se centre nuestra acción en el interés general que obliga a todos los sacrificios para que la desaparición del régimen de Franco sea una pronta realidad y con ella la vuelta del régimen legal republicano en nuestro país.

No basta estar hablando de antifascismo, de los crímenes de Franco, de unidad y hacer frases y discursos que ya han sido repetidos por todas partes. Hay ya un Gobierno legal republicano y todos los que deseamos ardientemente y de veras que Franco deje de sojuzgar al pueblo español, no tenemos otro deber inmediato que ponernos al servicio de este Gobierno, para que tenga ante todo el mundo la autoridad moral que necesita para realzar la labor que todos los españoles antifascistas deseamos.

Los socialistas, en este aniversario de nuestro Maestro, somos un ejemplo de este buen sentido político, pues hemos dado las máximas facilidades para que el Gobierno se constituya; para que no haya fricciones entre los diferentes grupos antifascistas y hacer ver al mundo que los socialistas y ugetistas españoles somos hombres con sentido de nuestra responsabilidad que saben hacer frente a todas las situaciones y responder a la confianza que el pueblo español tiene en nuestro Partido y en nuestra Unión General.

Que todos los demás sectores antifascistas españoles hagan otro tanto, que es la mejor manera de demostrar con hechos que, de verdad, deseamos la desaparición de Franco. Los socialistas en este aniversario del Abuelo renovamos nuestra voluntad de seguir trabajando con el mismo fervor que hasta ahora, para conseguir no sólo que Franco y Falange desaparezcan, sino por que vuelva la República a España, para que con la experiencia adquirida realice la labor que de ese régimen fundamentalmente espera el Pueblo español.

SOCIALISMO ESPAÑOL

por Juan Tundidor

que al respecto nos decía el maestro: «Los trabajadores no deben olvidar nunca que la acción revolucionaria tiene por fin suprimir la explotación de la clase capitalista, con los elementos de trabajo, su propia existencia. La clase burguesa, por debilitada que se encuentre cuando el proletariado se halle en situación de nudos, carecer de albergue y morir de hambre, cuando hay casas deshabitadas, ropas y calzado que deteriora el tiempo, no el uso; géneros alimenticios de todas clases que se pudren y pierden por no haber sido entregados al consumo en el momento necesario. La justicia y la razón exigen que un estado tal de cosas desaparezca: pero ni la una ni la otra, ni ambas juntas, bastan para hacerle desaparecer. Los estados sociales anteriores eran también injustos y vivieron durante mucho tiempo. Y cuando cayeron no fué precisamente al soplo de la justicia.»

Y una vez denunciada la monstruosa injusticia del régimen capitalista, Iglesias precisa de manera inequívoca los principios tácticos que han de situar al Socialismo español como una Sección de la Internacional definitivamente orientada hacia las concepciones revolucionarias, y apartada de las desviaciones reformistas y oportunistas que, tan to habían perjudicado, en todos los países, los intereses de la clase trabajadora. He aquí lo

que al respecto nos decía el maestro: «Los trabajadores no deben olvidar nunca que la acción revolucionaria tiene por fin suprimir la explotación de la clase capitalista, con los elementos de trabajo, su propia existencia. La clase burguesa, por debilitada que se encuentre cuando el proletariado se halle en situación de

abrir las puertas de la vida al nuevo régimen social, no renunciará de buen grado, no se despojará voluntariamente de sus preeminencias y monopolios. Sólo ante la fuerza se someterá. Sólo obligada por ella restituirá a los despojados lo que a éstos corresponde por todos conceptos.»

SOCIALISMO

Conoció a Manuel Cordero a principios de este siglo, en el Centro de Sociedades Obreras, de la calle de Retadores. Acababa de venir de su pueblo natal, Castroverde, provincia de Lugo. Cordero hizo su aparición en la Juventud Socialista Madrileña sin ningún entusiasmo. Era alto, delgado, macilento, como un niño precoz, descaído en su alimentación y en su indumentaria. No tomaba parte en las excursiones juveniles, no se divertía, no cantaba, no bailaba, no jugaba. Era un alma enferma, con un libro en el bolsillo, y un manojito de periódicos en la mano. Jamás podía la palabra en las asambleas de la juventud. Aquello no era su ambiente, y pasó, sin dejar huella alguna, a pertenecer a la Agrupación Socialista Madrileña, donde no fué más notable ni ruidosa su intervención. Eso sí, era asiduo concurrente a todos los actos que se convocaban, siempre discreto, callado, como un misántropo, con su espíritu eternamente reconcentrado.

La infancia de Cordero en su aldea, ya ha referido él infinidad de veces, fué triste y desolada. Mejor sería decir que fué tan cruel como la de todos los niños de los aldeanos pobres de Galicia, sin apenas instrucción, cuidando el ganado, descalzos y harapientos, pensando en América como en una liberación contra tanto abandono y tanta miseria. Cordero emigró de la aldea, pero no con rumbo a las Américas—era demasiado pequeño para ello—, sino hacia la corte, donde después de ensayar sin resultado otras profesiones, encará maravillosamente en la de panadero. Especializado en su oficio, llegó a ser oficial de pala de primera en la Sección de Pan de Viena o de lujo, en la misma en que lo fueron, entre otros, Evaristo Gil y Rafael Henche. Evaristo Gil fué un socialista batallador e inteligente, separado de nuestras filas por incompatibilidad con Cordero. Su pérdida fué sensible para las ideas y perturbó la buena marcha de la organización del oficio, porque Evaristo ayudó eficazmente a los comunistas Henche, en cambio, trabajó al lado de Cordero, sin que con ello queramos decir que siempre coincidieron en todo, esos dos excelentes organizadores. Muerto Cordero, Henche es en la actualidad la personalidad más vigorosa del ratón de la panadería en España, y la persecución de que está siendo víctima de parte de Franco y de Falange, hace que su nombre y su prestigio se haya acrecentado considerablemente.

Durante muchos años, Cordero formó parte de la Comisión Ejecutiva de la Unión General. Cuando la escisión comunista, los promotores de ella creyeron contar con Cordero, pero éste, al final, se negó a seguirles, aunque su espíritu anduvo en extremadas vacilaciones. En consecuencia fué siempre un socialista que se debía llevar a la Unión General. Hizo España en nombre y como presidente de Panaderos, en



Manuel Cordero

por Andrés Saborit

la que, además, dirigió y confeccionó un Boletín periodístico no exento de interés y de agradable presentación.

En el año 1919 fué designado candidato a concejal por la Agrupación Socialista Madrileña, saliendo elegido por el distrito del Hospital, en unión de García Cortés, en tanto que Alvarez Herrero salió por el de Chamberí. Araquistain por el de la Inclusa. López Baeza por la Latina, y quien estas líneas escribe por el de la Universidad, terminando con el mito de que este distrito era republicano. García Cortés y López Baeza se separaron de nuestro Partido para ingresar en las filas comunistas, de las que saltaron al romano, mismo palacio. Araquistain dejó el acta de concejal, pero, procediendo con toda discreción, no la puso a disposición de ningún otro Partido ni Agrupación política, con lo cual la minoría municipal madrileña quedó sensiblemente reducida, lo que obligó a quienes continuamos en los escaños concejiles a intensificar nuestra campaña y Cordero lo hizo de un modo brillante, contra los chanchuleros y trapisondistas que monopolizaban la Casa de la Villa. La victoria electoral de Madrid influyó en toda España y fué la consecuencia de la huelga revolucionaria de agosto de 1917, que había abierto las puertas del Partido por diversos capitales españoles. La labor de Cordero en el Ayuntamiento de Madrid fué muy notable y no exenta de peligros. Como teniente de alcalde del distrito de la Inclusa, persiguió tenazmente a panaderos y lecheros defraudadores del vecindario, mereciendo un homenaje del distrito, que se celebró con un almuerzo en un café de la Cabecera del Rastro, corazón del popular distrito madrileño.

Cuando la Ejecutiva del Partido, de acuerdo con Pablo Iglesias, como director de EL SOCIALISTA, me llevaron a la subdirección de nuestro diario, en uno de los momentos más angustiosos para la vida de nuestro periódico, sin crédito y sin lectores, yo propuse a Cordero como redactor de EL SOCIALISTA, conservándolo en ese puesto durante más de diez años. Como escritor, Cordero era abundante en cantidad hasta la exageración. Tenía la pasión de escribir, y los cafés y hasta las taber-

nas madrileñas le conocían, porque escribía en cualquier sitio, con una facilidad que asombraba. No era igualmente correcto al escribir. Eso no se le podía pedir a un hombre que ni había ido a la escuela ni había conseguido adquirir una verdadera formación cultural. El bueno de Antonio Atienza se encargaba de corregir y de reparar los errores de Cordero, que tenían la virtud de dividir a nuestro público. En el Norte no gozaba de la popularidad que en las otras regiones. Lo mismo le sucedía en la tribuna, consiguiendo éxitos más resonantes en Andalucía y Extremadura, precisamente porque Cordero tocaba con más acierto la nota sentimental y emocionante de la actualidad que la fría y razonada de la exposición doctrinal. Manicener a Cordero como redactor de nuestro diario me proporcionó serios disgustos con elementos muy destacados de nuestro Partido. Creo, no obstante, que hice lo que debía, no por amistad con nuestro pobre camarada, sino porque en el fondo, con todos los dero fué un militante vigoroso, tenaz, decidido, de limpia y clara acentuación y de absoluta lealtad para las ideas. No fué personalista, ni perteneció a ningún grupo ni tendencia, lo que hace más desinteresado y justo este homenaje que dedicamos a la memoria del viejo militante.

El Partido le designó candidato a diputado a Cortes por Madrid, en unión de Pablo Iglesias, Julián Besteiro, Francisco Largo Caballero, Fernando de los Ríos y Andrés Saborit. De los seis puestos, todos fuimos elegidos con la excepción del compañero Largo Caballero, derrotado en una elección parcial verificada en la Fuente de la Teja, en el distrito de Palacio, donde los servidores de la Casa Real se volcaron contra nuestra. La labor de Cordero en aquellas Cortes no fué nada extraordinaria. Cumplió, como siempre, con su deber con toda dignidad, pero el ambiente de la Cámara le impresionaba un poco. El querido amigo Besteiro me comisionó para conseguir de Cordero que se presentara en el Congreso con corbata y con el mejor ornato posible. Cordero era un poco descaído en sus costumbres, y ello a despecho de lo que sus mujeres trabajaron intilmente por corregirle. Cordero se casó muy joven, perdiendo a su primera mujer como

consecuencia de una grave enfermedad pulmonar. Vivían, en efecto, en un cuarto miserable de la calle de San Dimecio, número 6, donde previamente había perdido un hijo de ocho o diez años, pérdida que produjo extraordinaria sensación en Cordero. Realmente, después de la muerte de su hijo, Cordero tuvo frecuentes crisis cerebrales. Más tarde se casó con una hermana de su primera mujer, de la que tuvo un hijo, que ha estado preso durante estos años por el enorme delito de ser hijo del que fué nuestro correligionario. El hijo de Cordero es un muchachito admirable, de conducta tan limpia y honesta como lo fué su padre. También esta segunda esposa de Cordero falleció, contrayendo nuevo y tercer matrimonio con la que es hoy su viuda, compañera Rosa, y a la que los esbirros de Franco han martirizado estupidamente.

En las Cortes de la República, Cordero fué elegido diputado por Madrid, en unión de Besteiro, Largo Caballero, Sanchis Baniá, Ovejas, Jiménez Asúa, Trifón Gómez y yo. Sin el menor pretexto, su nombre sirvió de escarmento para hacer contra el Partido Socialista la campaña difamatoria de los encerrados. Cordero no tuvo apenas cargos durante aquella etapa. Bastó que el ministro de Hacienda, Prieto, le designara para pertenecer al Monopolio de Petróleos (la Campesía), para que contra él se cebaran las hienas de la reacción. Fué aquella una campaña miserable, que mereció este homenaje que hoy queremos rendir al hombre bueno y generoso que fué Manuel Cordero.

Cordero fué un ferviente admirador de Pablo Iglesias; pero fiel a lo que eran las tradiciones de aquella época, ni fué incondicional del «Abuelo», ni le visitaba más que en contadas ocasiones. Las virtudes de Iglesias, su infancia desvalida, su austeridad y su vida ejemplar influyeron no poco en los sentimientos de Cordero para incorporarse al Socialismo.

Ignoramos, cuando escribimos estas líneas, cómo y dónde ha muerto el que fué nuestro amigo y nuestro compañero. ¿Fué en el barco que le condujo a la Argentina? ¿Fué en Buenos Aires? Lo cierto es que el Partido no podrá contar de nuevo con él. Realmente, desde la salida dramática de Madrid, el cerebro de Cordero no funcionaba con normalidad. Su pobre compañera y muchos de nosotros conocimos y sufrimos aquellos días con el veterano luchador, que no fué muy afortunado en sus andanzas por la vida. En la emigración, Cordero se situó al lado del Gobierno Negrín y de la Comisión Ejecutiva Peña-Lamonedá, de que formaba parte. Fué su último error, sin que ni en esta ocasión, ni en ninguna otra, pensáramos—estamos de ello seguros—en otra cosa que en servir al País. Más de cuarenta años de luchas y de sacrificios, bien merecen que seamos respetuosos y tolerantes con el hombre que sirvió y actuó, en la Unión General de Trabajadores y en el Partido Socialista, con pasión y grandeza de alma.

REVOLUCIONARIO

Y continúa: «Preparadas las huestes obreras, cualquier conflicto de los que necesariamente ha de producir el orden burgués: una guerra, una crisis económica, pueden ponernos en el caso de intentar la conquista del Poder político, conquista que, según se desprende de lo dicho al principio de estas líneas, sólo podrá alcanzarse revolucionariamente.»

Con la sencillez que le es peculiar, el fundador de nuestro Partido, salido de las entrañas de la clase trabajadora, definió desde el primer momento la actitud del Socialismo español en la contienda contra el régimen económico de la burguesía. Por eso quienes seguimos a Iglesias en sus claras concepciones de so-

«Los trabajadores no deben olvidar nunca que su acción revolucionaria tiene por fin supremo arrebatarse a la clase capitalista, con elementos de trabajo su propia existencia.»

EN EL CAMINO DE SIEMPRE

Por José Gregori

A cada aniversario, la figura de Pablo Iglesias resurge más grandiosa. Como si el tiempo, al pasar, perfilara mejor las incomparables virtudes de aquel hombre de desbordante personalidad, que dió un tono nuevo a la historia contemporánea de España. Porque Iglesias contribuyó como nadie al cancelamiento de la hipoteca moral que pesaba sobre nuestro país, traduciendo en un estado de inercia colectiva que ligaba España entera a un viejo y carcomido espíritu tradicionalista. De la época en que Iglesias iniciara su formación, el régimen político-social imperante ahogaba el alma del pueblo en una densa atmósfera de indiferencia. Y contra ella, el fundador del Partido Socialista dirigió su acción, impregnada del espíritu de santa rebeldía que marcara los albores de su juventud, trazándose camino ancho y entregándose a causa grande. Fue este, el chispazo inicial que debía servir para galvanizar a un pueblo sobre el que pesaba la tiranía como mal crónico. Y fue con este chispazo, con el que la idea socialista empezó a dar en España los primeros pasos.

Al crear el Partido Socialista y la Unión General de Trabajadores, Iglesias forjó los instrumentos que necesitaba la clase trabajadora para emprender su lucha diaria e intermitente contra la burguesía. Desde el primer instante, las dos organizaciones se vieron emplazadas en el terreno del socialismo revolucionario que Iglesias supo interpretar magistralmente y adaptarlo a la realidad política de nuestro país. A este cierto encauzamiento se debe que el proletariado español adquiriera plena conciencia de clase y comprendiera que de su educación política y sindical, iba a depender el aceleramiento de la transformación social en la que va implícita la desaparición del régimen capitalista. Para abrir esta inmensa y audaz perspectiva, que asombrara a unos y asustara a otros, Iglesias empleó, con una tenacidad que iba creciendo a medida que surgían los obstáculos, sus grandes cualidades persuasivas y ofreció como ejemplo su propia actuación, sintetizada en un cariño desbordante por las ideas. En esta vocación ideal, madura y reflexiva, en esta fidelidad a la doctrina, radica el prestigio de Pablo Iglesias, del que quedó empapado el Partido y la Unión General.

Veinte años nos separan de la muerte de nuestro Maestro. Durante ese periodo, el Partido Socialista y la Unión General de Trabajadores, han tenido que hacer frente a responsabilidades cuantiosas e inmensas. Si de algunas de ellas, nuestras dos grandes organizaciones han salido con algún quebranto, ha sido a condición de que no quedase nunca malparado el proletariado ni heridos sus intereses o disminuidos sus derechos, que la enseñanza de Iglesias que mejor recogieron los socialistas, fue la de volcar toda su acción, apasionada y valerosamente, en defensa de la clase trabajadora. Veinte años que el Partido y la Unión se han mirado en el claro ejemplo del «Abuelo», prosiguiendo el limpio camino que él recorrió durante toda su vida y que ha de desembocar, ineludiblemente, en la emancipación del proletariado. Veinte años de pruebas difíciles y de realidades duras, que han servido para demostrar la reciedumbre y el temple de los socialistas que se forjaron en la escuela de Pablo Iglesias, de los que han aprendido que el Partido, como mejor se vigoriza es con el sacrificio de sus militantes, de los que en el destierro mantienen vivo el amor por el Socialismo, de los que en España, en esa España martirizada y dolorida, caminan hacia la muerte cantando la Internacional.

«La clase burguesa, por debilitada que se encuentre cuando el proletariado se halle en situación de abrir las puertas de la vida al nuevo organismo social, no renunciará de buen grado, no se desposeerá voluntariamente de sus preeminencias y monopolios. Sólo ante la fuerza se someterá, y sólo obligada por ella restituirá a los despojados lo que a estos pertenece...»

Carta de Pablo Iglesias a un socialista francés

«Querido camarada:

La causa de la escisión en el Partido Socialista Español es la misma que en todos los Partidos Socialistas; es decir, las «veintiún condiciones de Moscú».

El Partido Socialista Español había, en su mayoría, decidido la adhesión a la Tercera Internacional si ésta admitía que él pudiera actuar con cierta autonomía y defender, como siempre los ha defendido, los intereses inmediatos y el porvenir del proletariado.

Cuando esta decisión fue tomada, Moscú no había formulado todavía y dictado las célebres veintiún condiciones.

Para hacer conocer esta decisión, obtener la adhesión de la Tercera Internacional e informarle de la situación en Rusia, el Partido Socialista Español envió dos delegados a este país: uno de ellos, De los Ríos, representante de la mayoría del Partido; el otro Anguiano, partidario de adherirse «sin» condiciones a la Tercera Internacional.

Como era lógico, Moscú rechaza las pretensiones del Partido Socialista Español, y pide a éste de adherirse a la Tercera Internacional, aceptando las veintiún condiciones.

Para discutir la respuesta traída por nuestros dos delegados, el Partido Socialista Español ha celebrado un Congreso extraordinario en Madrid en el mes de abril de 1921.

Después de un debate de varios días, 8.858 votos decidieron adherirse a la Internacional de Viena, contra 6.094 que se declararon por la adhesión a la Tercera Internacional, aceptando las veintiún condiciones.

Una vez conocido este resultado, uno de los delegados, partidario de la Tercera Internacional, en nombre de la mayoría de éstos, da lectura a una declaración en la que se decía que a partir de aquel momento ellos se separaban del Partido. Dicha declaración había sido redactada la víspera. Antes, pues, del voto.

A la declaración de los escisionistas se unieron la mayoría de los miembros de la Comisión Ejecutiva del Partido.

El Congreso puso fin a sus trabajos designando una nueva Comisión Ejecutiva, la cual hizo un llamamiento a los miembros del Partido, condenando el gesto de los escisionistas y rectificando los errores incluidos en su declaración.

Hace falta destacar que la mayoría de los

delegados escisionistas, si tenían mandato de votar por la adhesión a la Tercera Internacional, no lo tenían para dividir el Partido.

Muchos de esos delegados han sido desautorizados por las Agrupaciones que representaban, y la mayor parte de éstos continúan en el Partido.

A pesar de que los escisionistas han logrado hacerse seguir de algunos grupos, y que actúan con los procedimientos puestos en uso por los escisionistas de todos los países para arrastrar otros elementos, nosotros tenemos la suerte de que quedan con nosotros la inmensa mayoría de los miembros del Partido. Con nosotros han quedado todos los semanarios que se publicaban, el diario EL SOCIALISTA, todos los concejales y diputados.

Algunos de los que han dejado el Partido actuaban con ese fin ya antes del Congreso.

Como en otros países, las diferencias que hay entre los neo-comunistas y los que fueron sus camaradas están más en las palabras que en los hechos, porque los actos revolucionarios que preconizan no se ven por ninguna parte.

Por el contrario, se ven con encarnizamiento, tratan de arrancar al Partido Socialista y a los Sindicatos sus afiliados, para producir, en beneficio de la burguesía, la división y el descorazonamiento entre las masas obreras.

Yo llamo a los escisionistas «neo-comunistas», porque hace algún tiempo, después de la estancia en España del comunista ruso Borodín, algunos miembros de las Juventudes Socialistas han creado otro Partido Comunista, que tiene por título Partido Comunista Español. El creado por los que se han separado en el último Congreso Socialista se llama Partido Comunista Obrero. No hace falta decir que los primeros han atacado a éstos con violencia y los califican de centristas, ambiciosos y «felones».

Ultimamente han tenido algunas entrevistas con el fin de constituir un solo partido, y para lograrlo van a celebrar un Congreso; pero dudo bastante de que lleguen a entenderse. Es triste lo que hacen esos elementos aquí, como sus parecidos en otros países; pero yo espero que no se prolongará mucho la perturbación producida dentro del movimiento socialista obrero internacional.

Cordialmente suyo y del Socialismo.»

Pablo Iglesias

FIDELIDAD A LA DOCTRINA

(Viene de la primera)

Y que no fuesen posibles equívocos de ninguna clase. Quien venga al Partido, tiene que aceptarlo como es. Definido por su título. Explicado por su declaración de principios. Formando parte obligatoriamente de su Sociedad de resistencia. Con este signo nació nuestro Partido en 1879. Con ese signo vivió siempre. La gran virtud de Iglesias y del grupo que con él lo fun-

daron ha consistido en que supieron forjarlo de tal modo, que nada ni nadie consiguió desfigurarlo.

No estará de más que en esta fecha conmemorativa, viendo cómo, después de la catástrofe que asoló al Mundo, resurgen los Partidos Socialistas en todos los países, en medio de la gran crisis que vivimos, cuando todos los valores, incluso los que se

creían más firmes, sufren el proceso de su propia revisión, declaremos nosotros, socialistas españoles, nuestra fidelidad a la doctrina de siempre y nuestra gratitud a quienes supieron hacer del Partido Socialista Obrero Español la expresión justa de las ansias revolucionarias del proletariado hispano y el instrumento más eficaz de su emancipación.

RODOLFO LLOPIS.

UNA CONCIENCIA EN ACCION

Por Arsenia Jimena

«Actúa sin discutir», es un principio de Lao Tse al que se han conformado muchos creadores. La conciencia—se dice—es la tesis del hombre de acción. Entre el principio del filósofo oriental y el hombre de acción hay cierta concordancia. Pero la conformidad a ese principio y la admisión fatal de la carencia de conciencia del hombre de acción nos lleva a la ruptura de sincronismo entre el progreso técnico y el moral. La ausencia de sentimentalismo enfermizo no solo no es recomendable sino indispensable para actuar. Pero hay que actuar con sentimiento. Como hay que proveer de conciencia al hombre de acción. O hay que poner a las conciencias en acción. En la prisa por triunfar se aceptan el principio y se sacrifica la conciencia a la acción. Al final de la jornada los «creadores» y los «hombres de acción» paran en la cuenta de que han cogido un pálido reflejo de lo que ambicionaban. Y los que de ellos esperaban desesperan y se vuelven hacia el hombre pasión. Y la pasión tumultuosa, torrencial, se traduce en trenos fulgurantes que convulsionan almas, las funde, enciende y exalta. Mesianismo y no temple. Fuego hermoso, alegre y efímero de aliagas. Romper tinieblas para luego espesarlas y desembocar en alboradas tristes, pues el alma es puñado de fría ceniza donde ya no palpita ninguna ilusión. Y se busca al cerebro especulativo, fuerte, acerado, que tantos y tantos problemas resolvió con la fría tenacidad del hombre laboratorio. Como tiene éste su mundo y se olvidó del hombre, no comprende el problema eterno del sufrir y la eterna esperanza del hombre que es recobrar la sonrisa y el rayo de sol.

«Todos los caminos cegados? Toda esperanza inútil?»

Ya queda dicho que es menester poner en acción la conciencia. Añadamos a ello un cerebro y fundámoslo todo en la gran llamarada de una pasión. «Que ello es singular y peregrino milagro no dable a la humana debilidad e imperfección?»

Pablo Iglesias creó discuriendo para enseñar a discurrir a los demás. Fue un hombre de acción de purísima y bien templada conciencia. Encendió en las almas ardores inextinguibles sin mesianismos, sin llevarlas a la histeria. Fue un cerebro portentoso que tradujo en frases sencillas la quintaesencia del saber humano. «Que fue una excepción? Un pueblo entero fue forjado por él. Y ese pueblo sabe el secreto de Iglesias. Pablo Iglesias es una antorcha—viva encendida de amores universales. Es una conciencia en acción. Es la síntesis armoniosa de todas las condiciones positivas. Sabía que la capacidad es lo que cuenta. Y que el poder es corolario a la capacidad. Ese saber, ese arder y ese discurrir es patrimonio del Socialismo español. Y el Socialismo español es la creación inmortal de Iglesias: Un corazón que habrá de arder con más intensidad para purificar un cuerpo infectado por la bestialidad fascista alimentada por el egoísmo universal.

«Al mostrarnos, pues, partidarios de que vayan representantes socialistas al Parlamento o a los cuerpos administrativos, no entra en nuestros cálculos sacar de ellos la transformación de los instrumentos de trabajo en propiedad común; lo que intentamos con eso es contribuir desde allí poderosamente a la formación del ejército revolucionario.»—P. Iglesias

